

LAS TARJETAS DE ELENA

HACIA unos pocos días que se habían mudado los nuevos vecinos. La casa grande del barrio había estado desocupada por mucho tiempo, y Elena estaba muy contenta de que alguien se mudara a ella. Elena vivía en una casa cercana, y no había otros niños en el vecindario, de manera que la nueva vecinita, única hija de la familia recién llegada, fue muy bienvenida. En muy poco tiempo trabaron sincera amistad, y siempre se llevaban muy bien.

Durante la segunda semana de esta amistad, cuando volvían juntas de la escuela, Elena notó que Irene estaba triste y callada. Trató de animarla y conversar alegremente para distraerla, pero cuando llegaron a la casa de Irene, la niña todavía parecía un poco desanimada, y Elena, como buena amiga, le preguntó qué sucedía. -Es que..., resulta que... -contestó Irene-..., es que tú supiste contestar más tarjetas de aritmética que yo.

La maestra de ambas niñas había ideado un ingenioso sistema para enseñarles a sumar y restar. El sistema consistía en dibujar dos números en una tarjeta e indicar, mediante el signo, si era suma o resta. Para ello mostraba las tarjetas a la clase, y el primer niño que sabía la respuesta la decía en voz alta. Al dorso de la tarjeta la maestra tenía escrito el resultado, de manera que, sin dar vuelta la tarjeta, sabía inmediatamente si los niños se habían equivocado o no. Con tiempo y práctica, los niños podían contestar casi sin pensar. Elena era la que mejor sabía esos resultados y a ella le gustaba mucho ese sistema. Por este motivo le contestó a Irene:

-A mí me gustan mucho las tarjetas de la maestra.

-Sí, porque tú lo sabes. Pero hoy yo me equivoqué en tres. Yo sé las respuestas, pero no las puedo decir tan rápido como tú -respondió Irene.

Así hablaban las niñas en el camino de vuelta a sus casas, y cuando estaban llegando cerca de la casa de Irene, Elena, le dijo: -Tendrás que estudiar un poco más en casa, Irene. Si estudias lo sabrás bien.

-Tú dices eso porque eres la mejor de la clase -le contestó Irene-. Pero aunque yo estudio mucho, no sé tanto como tú.

Al decir esto Irene estaba entrando en el patio de su casa, y el diálogo no continuó. Elena siguió camino de su casa, pensando en el problema de Irene, quien no podía hacer las sumas y restas tan bien como ella. Se sabía la mejor alumna de la clase y estaba orgullosa de ello, pero también quería que su amiguita Irene supiese las contestaciones tan bien como ella. Elena sabía sus respuestas porque las había estudiado mucho, y ya le había aconsejado a Irene que hiciera lo mismo. Sin embargo Elena recordaba que, no hacía mucho, ella tampoco sabía las respuestas tan bien como ahora. Y también creía entonces que nunca las podría aprender.

Pero en esa ocasión su abuelita, que estaba de visita, le dio una brillante idea. Esta idea le permitió familiarizarse con el juego de las tarjetas, de modo que en la escuela siempre era la primera.

-¿Qué te parece, Elena, si hacemos un juego de tarjetas como las que tiene la señorita? -había dicho la abuelita.

Y así hizo Elena. Consiguió unos recortes de cartulina y con la ayuda de la abuelita preparó un juego de tarjetas iguales o muy parecidas a las de su maestra.

Para dibujar los números usó sus lápices de colores y para mostrar a la abuelita como eran las tarjetas de su maestra dibujó un 6 y un 4 en la primera tarjeta, trazó una raya debajo del 4 y puso el signo de suma a la izquierda de los números. Al dorso de la tarjeta escribió el número 10, pues $6 + 4 = 10$.

Una vez terminadas las tarjetas, Elena las estudió detenidamente una por una, y luego las entregó a su abuelita, quien, después de mezclarlas, se las mostraba sorpresivamente, tal como hacía la maestra en clase.

Haciéndolo en la casa, resultaba un juego, y a Elena realmente le agradaba porque, a la vez que se divertía, aprendía su aritmética. j Por eso era que estaba a la cabeza de la clase!

Todo esto recordaba Elena mientras trataba de solucionar el problema de Irene. De pronto se le ocurrió una idea y se dijo:

-¿Por qué no he de ayudarle a Irene como abuelita me ayudó a mí?

Irene era realmente inteligente y aprendía fácilmente lo que se le enseñaba. Lo que pasaba era que había perdido muchas clases por causa de la mudanza. Elena sabía esto y también sabía que, si ayudaba a su

amigueta, ésta pronto la alcanzaría y serían dos a la cabeza de la clase. Al pensar en esta posibilidad, el rostro de Elena se nubló un poco, mientras se decía para sus adentros:

-Me parece que no le voy a decir nada de las tarjetas.

Creyendo haberse tranquilizado con este pensamiento, trató de seguir con sus actividades durante el resto del día. Pero no se sentía feliz. Ni tampoco se sintió feliz al día siguiente, y como sabía cuál era la causa de su infelicidad decidió ofrecer su ayuda a su vecinita. Sabía que no era feliz porque se estaba portando egoístamente. Ningún niño egoísta es feliz.

Cuando terminaron las clases del día, al entrar Irene en su patio Elena le dijo:

-Pídele a tu mamá que te deje venir a mi casa por un rato. Juntas haremos un juego de tarjetas para los ejercicios de aritmética y verás qué divertido resulta estudiar esa materia con ellas.

-¿De veras, Elena? ¡Qué lindo!

-Sí, Irene, apúrate. Tengo cartulina y lápices de colores, y en realidad son fáciles de hacer. Mi abuelita me ayudó a hacer un juego para mí y me han sido de mucha ayuda.

-¡Qué buena eres, Elena! No creía que sabías hacer esas tarjetas, ni tampoco se me ocurrió esa posibilidad. A medida que las dos niñas trabajaban con sus tarjetas, Elena iba recobrando su felicidad, y para cuando las tuvieron listas, ya se sentía completamente feliz. Entonces se turnaron para jugar a la maestra, y mostrándose las tarjetas una a otra, repasaban su aritmética.

Después de dedicar varias tardes a este juego, Irene aprendió las sumas y las restas muy bien y las podía repetir tan rápido como Elena. Realmente estaba contenta, y muy agradecida a su amiga, a quien le dijo:

-Elena, si tú no me hubieras ayudado, todavía me estaría afligiendo. -Ahora tú sabes las operaciones tan bien como yo -dijo Elena-, de manera que ya no soy la mejor de la clase. Sin embargo soy feliz igual, y me parece que abuelita tenía razón. Ella me dijo que no importaba si yo no era la mejor de la clase, con tal que hiciera lo mejor que podía, no copiase los deberes de otros y fuera generosa con mis compañeros.